

Conéctate

CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA

DIEZ REMEDIOS PARA LOS MALES ECONÓMICOS

Cómo acceder de lleno a las bendiciones de Dios

DI Y NUNCA ME ARREPENTÍ

Empresario pone a prueba a Dios

EL FACTOR DIOS

Cambia todo el panorama



Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en: **www.conectate.org**

México:

Conéctate
Apartado 11
Monterrey, N.L., 64000
conectate@conectate.org
(01-800) 714 47 90 (número gratuito)
(52-81) 81 34 27 28

Chile:

Conéctate
Casilla de correo 14.982
Correo 21
Santiago
conectatechile@mi-mail.cl
(0) 94 69 70 45

Colombia:

Conéctate
Apartado Aéreo 85178
Santafé de Bogotá, D.C.
conectate@andinet.com

Estados Unidos:

Activated Ministries
P.O. Box 462805
Escondido, CA 92046-2805
info@activatedministries.org
(1-877) 862 32 28 (número gratuito)

Argentina:

conectatearg@lycos.co.uk

Europa:

Activated Europe
Bramingham Pk. Business Ctr.
Enterprise Way
Luton, Beds. LU3 4BU
Inglaterra
activatedEurope@activated.org
+44 (0) 845 838 1384



Hablando de la trampa en que caemos cuando contraemos deudas, alguien sacó a colación un antiguo proverbio castellano: «Quien lo que debe saber no sabe, por su ignorancia pague». Toda la razón tenía, particularmente si se toma en cuenta que las presiones económicas ejercen un efecto perjudicial sobre nuestra salud, felicidad y relaciones humanas. Es que amontonar deudas puede costarnos más que simple dinero.

La economía consumista del siglo xx le legó un grave problema al siglo xxi, el cual se propaga ahora rápidamente a escala planetaria: me refiero a la deuda de los consumidores. En mis años jóvenes las deudas contraídas por particulares se consideraban irresponsables; hasta eran motivo de vergüenza. Hoy en día, por contraste, son la norma, en buena medida gracias al *crédito fácil*.

Antes de 1950, la única modalidad de crédito que existía era la conocida como *préstamo con garantía*, en la cual el prestatario debía poner ciertos bienes en garantía: dejaba, por ejemplo, en prenda una casa o un auto. Posteriormente, siguiendo el ejemplo de los EE.UU., las tiendas probaron una nueva estrategia: introdujeron las compras a plazos; y los bancos y otras instituciones, las tarjetas de crédito —prestamos sin garantía—, facilitando con ello el vivir de dinero prestado. Todavía recuerdo cuando las propagandas de televisión de artículos de alto valor empezaron a incluir un optimista «¡compre ahora y pague después!»

Y que pagamos, ¡pagamos! En la mayoría de los países desarrollados, la deuda media contraída por cada familia mediante sus tarjetas de crédito se mide en miles de dólares. A ello hay que sumar otras deudas, como las de los créditos hipotecarios y los préstamos para estudios. Si una familia efectúa solamente el pago mensual mínimo de su deuda y ésta está sujeta a un interés anual del 20%, fácilmente puede tardar 20 años en saldarla. Para entonces habrá pagado hasta 40 veces lo que tomó prestado, sólo por concepto de intereses. Sea en dólares, euros o pesos, esa es una suma exorbitante de dinero.

¿Cómo hacemos, pues, para evadir la trampa de las deudas? La respuesta a ese interrogante se encuentra en la mayor fuente de soluciones para todos los problemas de la vida: la Biblia. El presente número de *Conéctate* aborda con clarividencia el tema del plan económico de Dios y nos instruye en los pasos que debemos dar para mantenernos libre de deudas.

Gabriel, en nombre de *Conéctate*

AÑO 7, NÚMERO 7 **Julio de 2006**
DIRECTOR **Gabriel Sarmiento**
DISEÑO **Giselle LeFavre**
ILUSTRACIONES **Doug Calder, Max Belmont**
PRODUCCIÓN **Francisco López**

© Aurora Production AG, 2006. <http://es.auroraproduction.com>

Es propiedad. Impreso en Taiwan.

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.

EL PAÍS SIN DEMASIADOS

DAVID BRANDT BERG

TUVE UN BREVE SUEÑO de lo más extraño. Crucé unas montañas en dirección al mar y me encontré con un paraíso. Fue como entrar en otro mundo. Al rato regresé para contarte la experiencia y describirte lo maravillosa que había sido.

Lo estupendo de aquel país era que no había demasiado de nada. Así de simple. En aquel país era imposible incurrir en excesos de ningún tipo. No se podía comer demasiado, ni beber demasiado, ni trabajar demasiado, ni dormir demasiado, ni ir demasiado lejos.

No se podía exagerar en ningún sentido. Y con eso parecía que todos los problemas quedaban resueltos. Nadie ambicionaba más de la cuenta, de modo que nadie tenía demasiado y nadie peleaba por conseguir más de lo suficiente. No existían guerras ni conflictos, ya que nadie quería acumular demasiado ni tener más que su prójimo.

¿NO SERÍA FANTÁSTICO?

Un poquito de amor, de comprensión, de tolerancia y de generosidad podría contribuir muchísimo a resolver los problemas del mundo. En cambio, cuando la gente no trata con mucho amor a los demás, es lógico que tenga problemas. Todos los males del mundo actual tienen su origen en nuestra falta de amor a Dios y a nuestros semejantes. El sencillo amor a Dios y al prójimo sigue siendo la solución divina aun en una sociedad tan compleja, confusa y sumamente complicada como la del mundo actual. Amar a Dios nos capacita para amarnos unos a otros y seguir Sus normas de vida y libertad, por medio de las cuales alcanzamos la felicidad. Eso propicia que todo nos vaya bien y que hallemos contentamiento en Él.

Aunque se gozaba de paz, abundancia, seguridad y felicidad, no era en forma desmesurada; lo justo para todos. Todos tenían bastante para comer y beber, y suficiente ropa que ponerse, pero no en cantidad excesiva.

Todos poseían la verdad, y la verdad era que nadie poseía demasiado ni era demasiado de nada. Eso parecía resolver todos los problemas. En ésas regresé muy emocionado a contártelo. Quería que supieras que había encontrado un país donde los problemas de todos se solucionaban eludiendo todo lo que fuera inmoderado.

Todo quedaba solucionado al no haber excesos. No se me ocurre otra forma de llamarlo que *el país sin demasiados*, donde todo el mundo se contentaba con tener lo suficiente. Nadie era muy bueno, ni muy malo, ni muy arrogante, ni muy mezquino, ni mucho de nada. No se podía hacer ni ser demasiado de nada. Era sencillamente imposible. Qué curioso, ¿verdad? Será mejor que pare aquí, no sea que te hable demasiado del país sin demasiados. ■

DAVID BRANDT BERG

DAR A DIOS

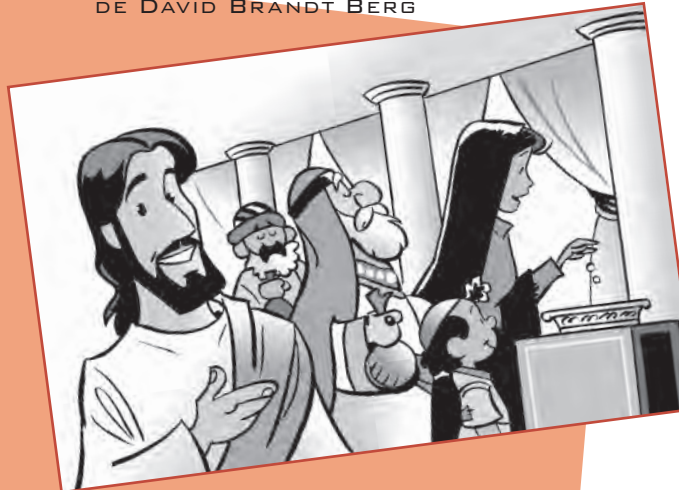
COMPILADO A PARTIR DE LOS ESCRITOS
DE DAVID BRANDT BERG

AÚN RECUERDO LA ÉPOCA en que yo estudiaba en la universidad y subsistía penosamente con apenas 25 dólares mensuales, en una pequeña casa rodante de 4 metros, con mi mujer y dos hijos pequeños. Un día ella comentó que Dios nos bendeciría si dábamos el diezmo¹ de lo poco que teníamos.

Al principio protesté aduciendo que no podíamos permitirnoslo. Pero cuando oramos para consultar al Señor, abrimos la Biblia justamente en el pasaje que trata de una viuda que echó sus dos últimas monedas —de ínfimo valor en aquella época— en el arca de las ofrendas (Marcos 12:41-44).

¡Qué podía yo decir después de leer aquello! Hasta ese momento había aducido que no podíamos permitirnos donar una décima parte de nuestro sustento. Sin embargo, ese pasaje de la Biblia da cuenta de una pobre viuda que dio todo lo que tenía. Así que el domingo siguiente entregamos nuestro diezmo —2,50 dólares— a la iglesia a la que asistíamos. El lunes por la mañana, cuando me presenté en clase, el profesor me dijo:

—¡David, me dieron este sobre para que se lo entregara!



Contenía un billete de 20 dólares. Como diez veces lo que habíamos dado.

Dios es así: a Él le encanta devolvernos con creces todo lo que damos. ¡Siempre será más generoso que tú! Siempre te repondrá todo lo que entregues de buen corazón. Ni siquiera estoy seguro de que el templo necesitara las moneditas de aquella viuda pobre. Aun así, Dios premió su sacrificio. Prueba de ello es que Jesús manifestó:

—De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca; porque todos han echado de lo que les sobra; pero ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento (Marcos 12:43,44).

Eso significa que uno puede llegar a dar todo su sustento sin resultar perjudicado, porque Dios bendecirá su acción. Si nuestras intenciones son buenas y puras, Dios nos bendice por lo que damos.

¹ Diezmo: Contribución voluntaria para la obra de Dios de un porcentaje fijo —por lo general no menos del 10%— de los ingresos o la cosecha.

¡Él lo ha prometido! Dice: «Traed todos los diezmos al alfolí [granero] y haya alimento en Mi casa; y probadme ahora en esto [...], si no os abriré las ventanas de los Cielos y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde» (Malaquías 3:10). «Buscad primeramente el reino de Dios y Su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mateo 6:33).

¡Dios te lo devolverá! «Todo lo que gastes —asegura—, ¡Yo te lo pagaré!» ¿Recuerdas quién pronunció esas palabras? Se hallan en el hermoso relato del buen samaritano, el cual, al encontrar junto al camino a un hombre golpeado por ladrones, lo recogió, lo instaló en un mesón y le dijo al mesonero: —Todo lo que gastes, yo te lo pagaré (v. Lucas 10:30-37).

Comprobarás que lo que aportes para Dios y Su obra, por mucho que sea, a fin de cuentas no supone ningún sacrificio. Constituye simplemente una inversión, cuyos dividendos sobrepasarán con mucho todo lo que hayas gastado.



Invierte, pues, en Cristo Jesús y en la obra de Dios, y tus inversiones te producirán dividendos eternos. Dios te bendecirá y se encargará de que obtengas buenas ganancias a cambio, las mejores. Participarás de las recompensas eternas, de las almas conquistadas a consecuencia de tus donativos. Da prioridad a Dios y aparta tu diezmo para entregarlo a Su obra. Él ha prometido que, si lo haces, te dará prioridad a ti otorgándote abundantes bendiciones, ¡tantas que no sabrás qué hacer con ellas! ■

EL SEÑOR PROVEERÁ

Dios es muy bueno con aquellos que lo aman y se esfuerzan por servirle lo mejor que pueden. En realidad, trata de ser con ellos tan bueno como le es posible. Él nos da «todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos» (Efesios 3:20). «Nada bueno niega a los que andan en integridad» (Salmo 84:11, LBLA). «Deléitate asimismo en el Señor, y Él te concederá las peticiones de tu corazón» (Salmo 37:4). «Mi Dios suplirá todo lo que os falta conforme a Sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» (Filipenses 4:19).

Si complacemos al Señor, Él resuelve todos nuestros problemas, satisface todas nuestras necesidades y hasta nos concede los deseos de nuestro corazón. ¡Lo ha prometido! Nos da lo que le pedimos y lo que tenemos fe para obtener de Él. Es un Dios de milagros capaz de cubrir nuestras necesidades recurriendo a las fuentes más inesperadas. Cuando lo complacemos, no sólo nos da todo lo que necesitamos, sino que cumple además muchos de nuestros deseos.

Procura, pues, ser fiel al Señor y vivir lo más posible en armonía con Su voluntad. A cambio, Él cuidará fielmente de ti.



RESPUESTAS A TUS INTERROGANTES

DIEZ REMEDIOS PARA LOS MALES ECONÓMICOS

En estos momentos me enfrento a fuertes presiones monetarias. El mercado anda muy decaído, y he perdido buena parte de los ingresos que me ayudaban a pagar cuentas y saldar deudas. He pedido auxilio a Dios, pero ¿habrá algo más que debo hacer para seguir recibiendo Sus bendiciones económicas?

Lo más importante que debes entender es que Dios te ama y se preocupa por ti. Si lo has aceptado como tu Padre, no te va a defraudar. Él anhela proporcionarte todo lo que necesites. «Dios suplirá todo lo que os falta conforme a Sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» (Filipenses 4:19). «Deléitate asimismo en el Señor, y Él te concederá las peticiones de tu corazón» (Salmo 37:4). Por otra parte, en la Biblia nos explica claramente que para hacernos acreedores a todo lo que nos tiene reservado, debemos cumplir ciertos requisitos. Aquí tienes 10 recomendaciones:

1. Conducirte rectamente, tanto en el terreno personal como en el de los negocios. Las bendiciones de Dios son condicionales. «Buscad primeramente el reino de Dios y Su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mateo 6:33). «Vendrán sobre ti todas estas bendiciones, y te alcanzarán, si oyes la voz del Señor tu Dios» (Deuteronomio 28:2).

2. Diezmar. Cuando entregamos a Dios al menos el 10% de nuestros ingresos en forma de diezmos y ofrendas para sufragar los gastos de quienes se dedican a Su obra, podemos tener la confianza de que Él «derramará sobre nosotros bendición hasta que sobreabunde» (Malaquías 3:10).

3. Practicar la generosidad. Dios premia la generosidad, que demos para los necesitados, para buenas causas, para las personas que sirven a Dios, por encima de nuestro diezmo. «Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre» (2 Corintios 9:7). «Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo» (Lucas 6:38).

4. Alabar y dar gracias al Señor por lo que ya tienes. Tanto si Dios provee para tus necesidades por medio de tu trabajo como si prefiere hacerlo por vías insospechadas, en últimas es Él el que te otorga bendiciones y provisión. A Él le gusta que le reconozcamos eso y se lo agradezcamos. Y si ve que le estamos agradecidos de verdad y lo alabamos por todos los favores y bendiciones ya concedidos, siempre que nos haga falta gustoso nos dará más. «Ofrezcamos siempre a Dios sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan [dan gracias a] Su nombre» (Hebreos 13:15). «Dad gracias en todo» (1 Tesalonicenses 5:18).

5. Pedir. Esto puede parecer obvio, pero a veces no tenemos porque no pedimos (Santiago 4:2). Debemos ser explícitos en los pedidos de ayuda económica que hagamos a Dios. Exponle exactamente lo que necesitas. Esto a veces significa tener la humildad de pedir ayuda a otras personas si es preciso.

6. *Administrar prudentemente lo que tienes.* Conviene recordar que todo lo que poseemos nos lo ha otorgado Dios; no somos más que administradores de Sus bienes. «Se requiere de los administradores que cada uno sea hallado fiel» (1 Corintios 4:2).

7. *Vivir de forma sencilla, con arreglo a tus ingresos.* Un buen administrador es ahorrativo, practica la moderación y evita el derroche. No gastes dinero que no tienes en cosas atractivas pero no indispensables. Contraer deudas pensando sólo en el presente, con la esperanza de que *mañana* lograrás pagar lo adeudado, puede llevarte a la ruina.

8. *Ajustarte a un presupuesto.* Una de las mejores maneras de administrar el dinero es ajustarse a un presupuesto. «La mano negligente empobrece; mas la de los diligentes enriquece» (Proverbios 10:4).

9. *Tener fe en que Dios suplirá todo lo que te falte.* Mucha gente concentra sus energías en lo que ella misma puede hacer. Esto con frecuencia se debe a una falta de confianza en la ayuda divina. «Sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan» (Hebreos 11:6). Si bien es cierto que uno mismo tiene que ayudarse, hay que confiar en que Dios se hará cargo del resto, de lo que a uno le resulta imposible. «He aquí que Yo soy el Señor, Dios de toda carne; ¿habrá algo que sea difícil para Mí?» (Jeremías 32:27).

10. *Persistir en oración.* A veces Dios permite que pasemos aprietos económicos por los mismos motivos por los que nos deja experimentar otras dificultades: para que nos acerquemos a Él, lo incluyamos más en nuestras actividades cotidianas y aprendamos a depender más de Él. Cuando hacemos todo lo que está en nuestras manos y aun así padecemos carencias, lo más probable es que Él quiera que dependamos más de Él. Se lo podemos demostrar orando con toda el alma. Si rogamos de todo corazón, Dios promete actuar en nuestro favor. «Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón» (Jeremías 29:13). ■



VERDADERO AMOR

Jesús nos da mejor trato que el que se dio a sí mismo. «Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar Su cabeza» (Mateo 8:20). Jesús nunca tuvo casa propia, no se casó ni tuvo hijos. Su único efecto personal fue Su manto.

Él dijo: «Bástale al discípulo ser como su Maestro» (Mateo 10:25). Y Pablo agregó: «Teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con eso» (1 Timoteo 6:8). Sin embargo, hay que ver cuánto más nos ha dado. Todo el resto es por añadidura.

Para Él, nuestra felicidad vale más que la plata. Está dispuesto a darnos casi todo lo que queramos con tal de que sea conveniente para nosotros. Hay que ver cómo se esfuerza el Señor por facilitarnos las cosas y allanarnos el terreno. Nos deleitamos en Él y nos concede todos los deseos de nuestro corazón (Salmo 37:4).

David Brandt Berg

Adaptación de 1 Reyes, capítulo 17

«HAZME UNA TORTA»

DE CÓMO LA DADIVOSIDAD SALVÓ TRES VIDAS

LO QUE VAMOS A RELATAR aconteció en Israel alrededor del año 850 a. C. Era una época triste y difícil para la nación hebrea, que vivía sujeta al yugo del peor rey que había tenido hasta entonces: Acab. Éste se hallaba bajo el influjo de Jezabel, su maligna esposa, la cual había abrazado como religión el baalismo, el culto a Baal, un dios de los paganos. Bajo el impío reinado de Acab y Jezabel, los profetas del Dios verdadero fueron liquidados sistemáticamente y el baalismo se convirtió en la religión oficial del Estado.

Con el objeto de dar a conocer Su desagrado, Dios envió a Acab a Su profeta Elías con un durísimo presagio:

—¡Vive el Señor, Dios de Israel, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra!

Luego de dar aquella advertencia, Elías huyó al desierto, donde se ocultó de los soldados de Acab. El Señor lo condujo a una garganta solitaria por donde corría un pequeño arroyo del que podía beber, y donde fue alimentado milagrosamente por unos cuervos a los que Dios ordenó que le llevaran todos los días pequeños trozos de pan y de carne.

Tal como había vaticinado Elías, no cayó ni una gota de lluvia, y una inclemente sequía se abatió sobre el país. A medida que transcurrían los meses, el sol abrasador iba quemando la tierra de Israel. Los cultivos y las fuentes de agua se secaron, y se produjo una gran escasez. Con el tiempo, el arroyo Querit, de donde sacaba agua Elías, también se secó por completo. Pero Dios es fiel, y el mismo día en

que se secó el arroyo le dijo a Elías:

—Levántate, vete a la ciudad de Sarepta y mora allí. He aquí, Yo he dado orden allí a una mujer viuda para que te sustente.

Sarepta se encontraba a 150 km al norte. Elías hubo de emprender aquel peligroso viaje a pie. Tras varios días de caminar por parajes desolados, laderas rocosas y senderos escarpados, arribó a Sarepta, ciudad costera situada en lo que es hoy el Líbano. Agotado, agobiado por el calor y cubierto de polvo, al acercarse a la puerta de la ciudad se fijó en una mujer que recogía ramas.

—¡Agua! —le gritó desesperado—. ¡Por favor, tráeme un vaso de agua para beber!

La mujer se compadeció de aquel desconocido exhausto. Cuando se levantó para ir a buscar agua, él le dijo:



“ LA HARINA DE LA TINAJA NO ESCASEARÁ, NI EL ACEITE DE LA VASIJA DISMINUIRÁ, HASTA EL DÍA EN QUE EL SEÑOR HAGA LLOVER SOBRE LA TIERRA. ”

—¿Podrías traerme algo de comer también? Te lo suplico.

Volviéndose, la mujer respondió:

—¡Vive el Señor tu Dios, no tengo siquiera un trozo de pan, sino solamente un puñado de harina y un poco de aceite en una vasija! Mira, he venido a recoger algunas ramitas con qué cocinar, para llevarlas a casa y preparar una última comida para mi hijo y para mí, a fin de que comamos y luego nos dejemos morir.

Seguramente en aquel momento Elías comprendió que aquella era la pobre viuda que el Señor había prometido que le daría comida y ayuda. Entonces le dijo con convicción:

—No temas. Ve y haz como has dicho. Pero hazme a mí primero una pequeña torta y tráemela. Después haz algo para ti y para tu hijo.

A continuación profetizó:

—Porque el Señor Dios de Israel ha dicho así: «¡La harina de la tinaja no escaseará, ni el aceite de la vasija disminuirá, hasta el día en que el Señor haga llover sobre la tierra!»

¡La mujer debió de quedarse pasmada al oír aquel anuncio extraordinario! Hasta puede que pensara: «Le dije que soy muy pobre, y que estoy juntando ramitas para preparar una última comida para mi hijo y para mí, porque luego nos vamos a morir de hambre, ¡y él me pide que prepare primero un pan para él!»

Pero como Elías le había hablado con tanta autoridad en el nombre del Señor, ella sabía que debía de tratarse de un hombre de fe, de un profeta, y le creyó. Decidió confiar en el Señor y hacer lo que Elías le pedía. Volvió rápidamente a su casa y sacó el

último puñado de harina de la tinaja en que la guardaba. Luego tomó la vasija de aceite y vertió las últimas gotas que quedaban.

Probablemente fue después de mezclar la harina y el aceite, de amasar el pan para Elías y de introducirlo en el horno de barro, cuando se llevó una sorpresa mayúscula. Imagínate a la pobre viuda ordenando las cosas mientras se hornea el pan. Al ir a guardar la vasija de aceite vacía, de pronto nota que está mucho más pesada que un rato antes. La inclina apenas un poquito y advierte estupefacta que sale de ella aceite. ¡Está llena!

Rápidamente la deja en la mesa y se dirige a la tinaja donde guarda la harina. Al destaparla, ¡suelta una exclamación de asombro! En vez de estar polvorienta y vacía como unos momentos antes, está llena de harina hasta

el borde. ¡Ha ocurrido un milagro! La mujer no cabe en sí de gratitud por esa manifestación tan maravillosa de la bendición del Señor. Y tal como había profetizado Elías, la harina de la tinaja no escaseó, ni el aceite de la vasija disminuyó, durante toda la sequía.

Aquella pobre viuda había salido a hacer todo lo posible por prolongar quizás unos días su vida y la de su hijo. Sin embargo, cuando apareció Elías y le dijo: «Hazme primero una torta a mí, y luego una para ti y para tu hijo», Dios la puso a prueba,

ficio!» A pesar de los muchos esfuerzos que había hecho y de que al final acabó ofrendando su vida por la causa, las bendiciones que Dios le dio siempre fueron mucho más numerosas.

Lo que al parecer mucha gente no entiende es que la economía del Señor funciona al revés que la del mundo. La mayoría de la gente piensa: «Cuando tenga millones, cuando sea rico, tal vez entonces comience a dar algo a los demás, a ayudar a los pobres y a patrocinar la obra de Dios». Sin embargo, el Señor dice: «¡Comienza a dar lo que

que de ustedes cosechemos lo material? El Señor [ordenó] que los que proclaman el Evangelio, vivan del Evangelio» (1 Corintios 9:11,14, NBLH).

Así espera Dios que se mantengan Sus obreros. Y nunca se olvida de bendecir como corresponde a quienes con sus aportes hacen posible la labor de esas personas. Jesús prometió: «Cualquiera que dé a uno de estos pequeñitos un vaso de agua fría solamente, por cuanto es discípulo, de cierto les digo que no perderá su recompensa» (Mateo 10:42). Y: «Todo lo

DIOS SIEMPRE NOS REINTEGRA

CON INTERESES TODO LO QUE LE HEMOS DADO.

para ver si iba a creer en Él y dar preferencia a Su mensajero. Ella lo hizo, y en consecuencia Dios la bendijo grandemente, ya que en el transcurso de aquellos tres largos años de escasez no se le acabó la harina de la tinaja ni el aceite de la vasija. Como ella dio lo que podía, Dios se lo devolvió con creces, y terminó con mucho más de lo que esperaba.

Así obra Dios. A Él le encanta recompensarnos por todo lo que damos. Siempre nos lo reintegra con intereses. Cuanto más generosos somos, más lo es Él con nosotros.

David Livingstone, el médico y explorador escocés que se aventuró a internarse en África y murió allí difundiendo el Evangelio, dijo: «¡Jamás hice un sacri-

tienes ahora, y no solo te lo devolveré, sino que te daré más!» Para que Dios nos bendiga con liberalidad, debemos compartir con liberalidad lo que tenemos. Su Palabra dice: «Hay quienes reparten, y les es añadido más; y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza» (Proverbios 11:24).

Aunque no tengas mucho, Dios te bendecirá si le das a Él una parte. Y una de las maneras de hacer eso es ayudar en la medida de lo posible a los que difunden Su amor y entregan la vida por el prójimo.

El apóstol Pablo escribió lo siguiente a un grupo de creyentes a quienes había convertido: «Si en ustedes sembramos lo espiritual, ¿será demasiado

que hicieron por uno de estos hermanos Míos más humildes, por Mí mismo lo hicieron» (Mateo 25:40, DHH).

De modo que aunque no puedas dedicar mucho tiempo a transmitir el amor y la verdad de Dios, ni a atender a los necesitados, eso no quita que no puedas llegar a ser una parte muy importante de la obra de Dios ayudando por medio de tus aportes a quienes se dedican a Él. Dios, además, recompensará tu generosidad. «Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir» (Lucas 6:38). ■



RECETA DIVINA PARA UNA SANA ECONOMÍA

LA SOLVENCIA ES UN POQUITO COMO LA SALUD: no existen santos remedios ni panaceas para conservarla. Una economía sana depende de numerosos factores que se deben tener en cuenta con regularidad.

Para conservar o recobrar la salud física se requiere un equilibrio entre varios factores: alimentarse bien, dormir bien, hacer ejercicio con frecuencia, beber abundante agua, vestirse como corresponde de acuerdo con la temperatura ambiente, evitar el estrés, cuidar la higiene, evitar las infecciones, etc. Uno no puede pensar que con solo comer bien estará saludable; los demás elementos también son importantes. Todos juegan un papel en el programa de salud de Dios y se complementan unos a otros.

Lo mismo si quieres conservar o recobrar la salud en el plano económico. Debes seguir lo mejor posible el programa prescrito por Dios para una sana economía. En primerísimo lugar, tienes que tomarte tiempo para cultivar tu vida espiritual y tu relación con Él. «Deléitate en el Señor, y Él te concederá las peticiones de tu corazón» (Salmo 37:4). Claro que la cosa no acaba ahí; implica mucho más. Entre otras cosas, es menester trabajar con ahínco, ser honrado, obrar correctamente en los negocios, evitar el despilfarro, invocar la orientación divina antes de tomar decisiones monetarias, agradecerle a Dios todos los favores que te concede, devolverle esos favores contribuyendo al sustento de Su obra y Sus obreros, y brindar ayuda a los necesitados.

Por otra parte, debemos recordar que tener buenos ingresos y gozar de estabilidad económica no es la máxima demostración de que se cuenta con la bendición de Dios, así como tampoco es la máxima aspiración que uno deba tener en la vida. Jesús lo expresó muy bien cuando dijo: «La vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee» (Lucas 12:15). A veces las bendiciones divinas asumen otras formas que nos reportan más beneficios aún: buena salud, protección contra accidentes, una familia cariñosa, un hogar feliz y armonioso, amigos leales, paz interior, satisfacción y una razón de ser.

DAVID BRANDT BERG



SEAMOS AGRADECIDOS

El Señor es un inversor prudente: se muestra más generoso con quienes agradecen las bendiciones que ya les ha otorgado. Podemos manifestarle nuestro aprecio dándole gracias y alabándolo con frecuencia, o sea, valorando Su generosidad. Ningún benefactor continúa ayudando a quien no se muestra agradecido por lo que ya ha recibido.

Cuanto más aprendamos a reconocer la bondad divina y más nos hagamos el hábito de darle las gracias y ensalzarlo a cada oportunidad, más nos bendecirá Él. Digámosle, pues, cuánto lo amamos y cuánto le agradecemos todo lo que hace por nosotros. Él corresponderá a nuestro amor y nuestras alabanzas. Elevemos a Dios nuestras alabanzas para que haga llover sobre nosotros Sus bendiciones.

María Fontaine

Di y nunca me arrepentí

MASATARO NARITA

Me avergüenza admitirlo, pero cuando era empresario y estaba en la vanguardia de los negocios —ahora ya tengo 80 años y estoy jubilado— creía que el dinero era lo único que importaba. Cuando mi esposa se quejaba de que en nuestro matrimonio faltaba amor, yo le contestaba gruñendo que el amor no pone comida en la mesa. La creencia de que lo material lo es todo en la vida me impedía creer en Dios y en los milagros.

Esa percepción fue cambiando gradualmente después de que me inicié en la lectura de la Biblia. Los estudios bíblicos con integrantes de La Familia Internacional me instruyeron sobre el modelo económico de Dios, basado en el amor y en compartir los bienes materiales, criterio que contrastaba con la filosofía materialista que hasta entonces había regido mis actos. Además descubrí que actualmente vivimos en los Tiempos del Fin y que la economía internacional está al borde del colapso. Todo ello tuvo un efecto transformador en mi vida, y pasé a dar mucha menos importancia a

los bienes materiales. Les contaré el caso de uno de esos bienes, un condominio de mi propiedad.

Corría el año 1985, y la economía del Japón estaba en su apogeo. Mi esposa y yo habíamos empezado a apoyar económicamente la labor voluntaria de la Familia: acabábamos de efectuar nuestro primer donativo importante. Si bien no hicimos el aporte esperando algo a cambio, yo tenía curiosidad por saber si la promesa de Cristo —«Dad, y se os dará»— podía tomarse al pie de la letra.

Escasamente una semana después, mi compañía vendió

una propiedad que desde hacía años había sido un lastre. De todos modos, no acababa de convencerme de que aquel negocio hubiese sido una recompensa de Dios por haber colaborado con Su obra. Quizá se trataba de una simple casualidad.

Entonces una segunda bendición empezó a tomar forma, relacionada con un condominio que por aquella época íbamos a edificar.

Mi banco me presentó a un contratista inmobiliario al que le encargué la elaboración de los planos. Aquel hombre, deseoso de emprender el negocio, soli-

citó un permiso de construcción antes que yo aprobara el diseño; pero resulta que no lo aprobé. Encontré el proyecto falto de originalidad. No pudiendo llegar a un acuerdo con él, le encargué la ejecución de las obras a otro contratista. Con el banco actuando de intermediario, finalmente acordamos que el condominio sería una obra conjunta de los dos contratistas. El problema se solucionó, aunque con un retraso de tres meses.

Al principio del proyecto, se determinó que yo tendría que pagar 100 millones de yenes —aproximadamente 1 millón de dólares— al fondo de urbanización de la ciudad. Sin embargo, en un período de desorden y desbarajuste, la normativa municipal con respecto al fondo de urbanización cambió. Según el nuevo código, solamente debían pagar el tributo los nuevos condominios de más de 40 habitaciones. Como el mío solamente tenía 37, quedaba exento del pago de los 100 millones de yenes.

Pero el cuento no termina ahí. Al poco tiempo me enteré de que a partir de abril el gobierno aumentaría ostensiblemente el gravamen sobre la edificación de condominios. Me reproché interiormente mi demora en emprender la obra. Así y todo, la precipitación del primer contratista en solicitar el permiso de edificación redundó en mi favor cuando obtuve la aprobación para el mismo en marzo. De haber hecho las gestiones un poco más tarde, la imposición habría sido muchísimo más alta.

En ambas situaciones, el Señor me había bendecido. En retrospectiva, me doy cuenta de que esas intervenciones divinas obedecieron a que mi esposa y yo estábamos haciendo lo posible por respaldar la obra de Dios.

Al cabo de cuatro o cinco años me invadió cierta inquietud sobre el hecho de seguir administrando el condominio, así que resolví venderlo por lo que parecía un precio bajo. No obstante, dado que todo eso ocurrió durante la llamada *burbuja económica*, todavía me produjo buenas utilidades, incrementó mis fondos de jubilación y aceleró mi retirada del mundo de los negocios. Por otra parte, al cabo de un par de años la *burbuja* estalló. Lo había vendido todo en el momento preciso.

Esta sucesión de acontecimientos me enseñó a reconocer la presencia de Dios en mi vida. Paralelamente, me di cuenta de que el Señor sin duda nos guía y nos bendice cuando trabajamos en sociedad con Él.

La Biblia promete que Dios nos compensará todo lo que demos para Su obra. Lo que nunca llegué a imaginarme es que la *compensación* sería tan generosa, así en lo económico como en lo espiritual. Todo como consecuencia de haber dado un poco primero, luego un poco más, y así sucesivamente. Al volver la vista atrás, no dejo de maravillarme y de sentir una enorme gratitud. ■

MASATARO NARITA ES MIEMBRO DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN EL JAPÓN.

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

DAR

Uno de los principios divinos fundamentales es que no se puede dar sin recibir a cambio.

Proverbios 11:24,25

Eclesiastés 11:1

Isaías 58:10,11

Lucas 6:38

2 Corintios 9:6

Dios promete compensarnos material y espiritualmente por ayudar a los necesitados.

Proverbios 13:7

Proverbios 19:17

Lucas 10:30-35

Hechos 20:35

Para que Dios bendiga realmente nuestro actos de dadivosidad es menester que demos de buen grado y con alegría.

Éxodo 25:2

Deuteronomio 15:10

1 Crónicas 29:9

2 Corintios 9:7

Si bien Dios promete recompensarnos por nuestra generosidad, no debiera ser ese nuestro móvil.

1 Corintios 13:3

Mateo 6:1-4

Lucas 6:34,35

Por muy pocos bienes que poseamos, todos podemos dar algo y obtener bendiciones a cambio.

1 Reyes 17:13-16

Marcos 12:41-44

2 Corintios 8:1-4

EN AUXILIO

de los países en desarrollo

JUAN WEAVER

UNO DE LOS MAYORES PROBLEMAS que afrontan hoy muchos países pobres es la llamada *crisis de la deuda*. Cometieron la imprudencia de pedir préstamos por valor de miles de millones de dólares a las naciones más ricas, pensando que con el dinero que les prestaran podrían producir más bienes, ganar más dinero y saldar sus deudas. Claro que los ricos que les prestaron todo ese dinero tenían que saber que los países pobres en realidad nunca podrían devolvérselo. La Biblia dice: «El que toma prestado es siervo del que presta» (Proverbios 22:7). Ese es el verdadero motivo por el que los ricos les prestaron dinero: para esclavizarlos.

Aunque parte de esos préstamos ayudaron efectivamente a las naciones pobres a aumentar su producción agrícola e industrial, los países ricos se negaron egoístamente a adquirir esa producción a precios dignos, obligando a los deudores a endeudarse aún más. La pesada carga de esas deudas hunde cada vez más a las naciones pobres y hace que cada vez haya más gente sin trabajo, más gente que pasa hambre, y más enfermedades, dolor e infelicidad que nunca.

Pero afortunadamente, Dios va a rescatar a esos países mediante Su amor y salvación. Después de la segunda venida de Cristo, el *Cielo* literalmente descenderá a la Tierra. Me refiero a la grandiosa ciudad

APUNTES SOBRE EL TIEMPO DEL FIN

de oro que descenderá de Dios y se posará en la Tierra, inaugurando una era de paz y abundancia para todos. La Biblia explica que esa ciudad tendrá más de 2.000 kilómetros de ancho, de largo y de alto.

Sin embargo, cuenta la Biblia que primero hará su aparición en la escena internacional un gran dictador que unirá al mundo durante 7 años y creará un gran imperio opuesto a Dios. A este opresor endemoniado se le conoce con el nombre de Anticristo (2 Tesalonicenses 2:1-9; Apocalipsis capítulo 13).

Al finalizar ese septenio, Jesucristo volverá «sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria», para rescatar a los *salvos*, a todos los que lo hayan aceptado como Salvador (Mateo 24:29-31). Los cuerpos de los salvos que estén muertos resucitarán, y los que aún estén vivos serán transformados en un instante para luego elevarse y recibir al Señor en el aire (1 Tesalonicenses 4:15-18). Seguidamente todos asistirán en el Cielo a una victoriosa celebración.

Entre tanto, los ejércitos del Anticristo se concentrarán en Israel para luchar contra las tropas de las naciones que se hayan negado a someterse a su gobierno. Pero en ese momento Jesús volverá una vez más, escoltado por Sus huestes celestiales, con la intención de conquistar y destruir el imperio mundial del Anticristo y rescatar a todos los que estén luchando contra él. Esa será la batalla de Armagedón (Apocalipsis 16:13-17; 19:11-21).

Entonces el Señor y Sus huestes celestiales —Sus ángeles y los salvos resucitados— aunarán esfuerzos con la gente de la Tierra que haya sobrevivido a la batalla de Armagedón para construir un maravilloso mundo nuevo y establecer el Reino de Dios en la Tierra. Por fin vendrá Su Reino y se hará Su voluntad, así en la Tierra como en el Cielo (Mateo 6:10). Ese período durará mil años, por lo cual se conoce como el Milenio.

El mundo se unirá realmente en esos días bajo el amoroso gobierno del Rey de reyes, el propio Jesucristo. Se erradicarán las guerras, la pobreza y los gobiernos injustos y crueles. Dejará de haber zonas oprimidas y subdesarrolladas. El planeta entero gozará del magnífico y glorioso reinado de Cristo y Sus santos siervos y ángeles, que con justicia y misericordia gobernarán a los pueblos de la Tierra y se harán cargo de la seguridad.

¿Quieres ser, después de tu resurrección, uno de los ciudadanos sobrenaturales del Reino de Dios que juntamente con Jesús regirán la Tierra? Puedes serlo. Lo único que tienes que hacer es aceptar personalmente a Jesús, el Hijo de Dios, como tu Salvador. Nada más repite esta sencilla oración:

Jesús, creo sinceramente que eres el Hijo de Dios y que moriste por mí. Te ruego que me perdones todos mis pecados. Te abro ahora la puerta de mi corazón y te pido que entres en mí y me concedas el regalo de la vida eterna. Amén. ■



El factor Dios

Casi todas las personas del mundo pasan apuros económicos en uno u otro momento. Algunas, sin embargo, se bandean mejor que otras. Las circunstancias no suelen ser el factor determinante; la cuestión de fondo es más bien a quién recurren. El secreto para superar las penurias económicas es en realidad el mismo que para superar cualquier otra dificultad: Hacer lo que se puede, y para lo demás confiar en Dios.

Hace siglos dije a Mis discípulos: «Para los hombres es imposible, mas para Dios, no; porque todas las cosas son posibles para Dios» (Marcos 10:27). Esa verdad, que «todas las cosas son posibles para Dios», constituye el *factor Dios*. Si crees eso, ¡cambia todo el panorama! Cuando se tiene en cuenta el factor Dios, todo se vuelve posible, ya que la fe en Dios y en Sus promesas anula toda imposibilidad.

He aquí algunas promesas en las que puedes apoyarte de lleno: «Dios suplirá todo lo que os falta conforme a Sus riquezas en gloria» (Filipenses 4:19). «Todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá» (Marcos 11:24). «Buscad primeramente el Reino de Dios y Su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mateo 6:33).

Todo lo que tiene el Padre es Mío también. Eso significa que todas las riquezas del universo están a Mi disposición. Puedo concederte todo lo que necesitas y más. Te quiero mucho, y me preocupan tu felicidad y tu bienestar. No te negaré ningún bien si haces todo lo que puedes y seguidamente aplicas el factor Dios, pidiéndome que intervenga y haga lo que a ti te resulta imposible.

DE JESÚS,
CON CARIÑO